

INSTRUCCION.

LAS OBJECIONES DE LA SINAGOGA

NOS HUMILLAN

Y LAS RESPUESTAS DE JESUCRISTO

NOS INSTRUYEN.

PARA LA DOMINICA DE PASION.

(DE COCHIN.)

Si os digo la verdad, por qué no me creéis?

S. Juan, c. 8. v. 46.

La sabiduría y la moderacion de Jesucristo se exaltan y se engrandecen, hermanos míos, á proporcion que se manifiesta la envidia de los príncipes de los sacerdotes y de los fariseos. Estos hombres se habian propuesto seguirle por todas partes, estudiar sus pasos, pesar sus palabras y aprovecharse, cuanto les fuera posible, de todas las circunstancias de su vida para sorprenderle y condenarle. Jesucristo á vista de tanta malignidad parece que debía huirlos, ó á lo ménos callar delante de ellos; pero como entre todos los que le seguian, eran estos los mas enfermos, se constituye en la obligacion de trabajar con mas ardor para curarlos; y así los trata y les habla con mas frecuencia. Pero ¿por qué ha escogido la Iglesia este suceso del Evangelio para fijar nuestra atencion sobre la muerte de su Esposo y nuestro jefe? Las miras de nuestra Madre siempre son muy sábias, hermanos míos, y por eso ofrece á un tiempo á nuestra consideracion el primer insulto que sugiere á los fariseos su malicia, y los últimos testimonios de su furor: por eso

nos conduce desde la páfida maquinacion de los judíos, para encontrar culpa en Jesucristo, á la condenacion injusta del inocente, y desde la parcialidad que le juzga, á la crueldad que le sacrifica. Nada me admiran los trabajos que ha sufrido Jesucristo á la vista de los insensatos raciocinios con que se intenta contradecir hoy la sabiduría de sus respuestas; y pues que nosotros, hermanos míos, tenemos en ellas y en las objeciones de la sinagoga todo cuanto necesitamos para humillarnos é instruirnos, vamos á sacar el provecho de que son susceptibles.

Quién de vosotros me argüirá de pecado? Estas palabras con que empieza nuestro Evangelio, no son de un amigo que pide á otro que le declare sus defectos, ni de un incógnito que se aprovecha de la oscuridad en que ha vivido, para adquirirse una reputacion de justicia, que perderia inmediatamente que se le conociese de cerca: un Dios hecho hombre, que desde que se manifestó al mundo ha hecho públicas todas sus acciones sin la menor reserva; un hombre de una vida irreprochable es quien escoge por sus censores á sus mayores enemigos, y los desafía para que le arguyan de pecado. ¿Quién habia de pensar que estos hombres dentro de pocos dias se sentasen en sus tribunales, para juzgar al que no pueden hoy reprender; para acusarle con impudencia de delitos atroces y dignos de muerte, sin poder alegar la mas ligera prueba; y para exclamar con el fin de intimidar al mas cobarde y débil de los jueces, crucifícale, crucifícale? Esta inconsecuencia de conducta y de palabras nos parece ciertamente muy extraña, si paramos la consideracion en el tiempo y circunstancias en que la manifiestan; pero nosotros ¿no somos sus imitadores, cuando ejercitamos contra el prójimo la malignidad de nuestras reflexiones y de nuestros juicios? Antes de condenar á nuestros hermanos y de imputarles tan enormes faltas, ¿no seria muy conveniente traer á la memoria las palabras de Jesucristo? Para acriminar al prójimo por sus defectos, se requiere, hermanos míos, el derecho y la posibilidad de convencerle; pero regularmente carecemos de uno y de otro, porque Dios no nos ha dispensado, ni la autoridad necesaria para juzgar, ni las luces suficientes para hacerlo con justicia; y por tanto si el prójimo no puede desafiarnos á convencerle absolutamente de todo pecado, nos puede muchas veces provocar á probarle el que le imputamos por envidia y malignidad. Jesucristo pudo entrar en este desafío, porque

siempre habia anunciado la verdad en su conducta y sus palabras. *Si os digo la verdad*, decia á los fariseos, *¿por qué no me creéis?* Esta objecion no tenia respuesta; pero Jesucristo previene la que pudieran darle, diciéndoles: *el que es de Dios, oye las palabras de Dios: por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios.* Este dicho de Jesucristo recaía propiamente sobre los fariseos que se obstinaban en no reconocer la verdad; pero vosotros, hermanos míos, ¿estáis libres de ser comprendidos en esta reprensión? ¿La palabra de Dios hace sobre vosotros impresiones saludables? ¿la oís con los oídos del corazón, esto es, con la humildad, la docilidad y el respeto que convienen á los hijos de Dios? ¿la oís, cuando os habla de un modo opuesto á vuestras inclinaciones y deseos, y cuando os prescribe ciertos sacrificios, por los cuales sentís la mas viva repugnancia? Sabed que el que es de Dios, oye las palabras de Dios. Sí, las oye, es decir, las gusta, se alimenta de ellas, se somete á ellas, y sobre todo las reduce á práctica; de manera que puede decirse á los cristianos, que con mas frecuencia asisten á nuestras instrucciones, cuando contradicen con sus costumbres las verdades que les anunciamos: vosotros no las oís, porque no sois de Dios. ¿Qué diferente efecto es el de esta palabra con relacion á los que son de Dios, y á los que viven separados de él. Un profeta la llama *ley pura y sin mancha*: su efecto es el de convertir los corazones que la escuchan con respeto, y comunicar la sabiduría á los que son pequeños. De esta manera obra en las almas fieles; pero no así con los pecadores. Las verdades les ofenden, cuando combaten mas sus vicios, y fatigados de su fuerza, se valen de las invectivas y de las blasfemias para desacreditarlas. Jesucristo hace ver á los judíos que solo pertenecen á Dios, mientras escuchan su verdad y su palabra; pero ellos en vez de sujetarse con docilidad, le responden: *¿no decimos bien nosotros, que eres samaritano y que tienes demonio?* De estos hombres habla sin duda el Profeta en uno de sus Salmos, cuando dice: *¿por qué te ensalzas en la malicia, tú que eres poderoso en la iniquidad?* Cuando el pecador, hermanos míos, conoce su injusticia, y la conciencia le reprende sus desórdenes, tiene aún grandes recursos para la salvación; pero cuando ya no siente remordimiento alguno y se complace en su iniquidad, está muy cerca de su reprobación eterna. Pero ¿qué respuesta va Jesucristo á dar á los fariseos? Ella es en un

todo conforme á su carácter de humildad, y no se dirige sino á disculparse de imputación tan odiosa: *yo no tengo demonio*, responde; *mas honro á mi Padre.* Como si dijese: el demonio es el enemigo de Dios, y envidioso de su gloria trabaja sin cesar en destruir su culto; pero mi profesión es la de honrar á mi Padre. Aquí tenéis, hermanos míos, el compendio de vuestras obligaciones. Honrar á Dios, es contribuir á su gloria por todos los medios posibles: honrarle en las palabras, es bendecir su santo nombre, publicar sus maravillas, propagar su conocimiento y su culto, y oponerse con zelo á todos los que quieran combatir la Religión ó la verdad: honrarle en las obras, es cumplir su ley, proporcionando al prójimo todos los medios que pueden conducirle á Dios, separándole del mal y encaminándole á la virtud: honrar á Dios en los bienes de fortuna es, segun la expresión del Profeta, emplear cuidadosamente los que nos ha confiado, y llenar los designios de la Providencia que los depositó en nuestras manos; honrarle sobre todo en el pobre que representa á Jesucristo, consiste en no ser duros á su miseria, ni cerrar los ojos á sus necesidades. Estas son las condiciones, hermanos míos, con las cuales podéis decir: *honro á mi Padre.* Pero Jesucristo dice tambien á los judíos: *vosotros me habéis deshonrado.* El mayor ultraje que se puede, hermanos míos, hacer á Dios Padre, es desconocer á Jesucristo su Hijo. Siendo como es santo, poderoso y glorioso infinitamente por naturaleza, no necesita de nuestros homenajes: juntos los pecados de todos los hombres, no podrían de modo alguno turbar la gloria y la felicidad que disfruta por esencia; pero zeloso de nuestra salvación ha escogido los medios mas propios para reconciliarnos, y ha llevado su amor hasta el punto de darnos á su Hijo único. ¿No deberá pues arrojar en los dias de su furor al que haya mirado este medio con indiferencia y frialdad? ¿No deberá ofenderse de las injurias que se hacen al mismo, que ha escogido por nuestro mediador? Velad, hermanos míos, para que Jesucristo no os reprenda de esta suerte: honradle, no con los labios, sino con el corazón: honrele nuestro espíritu con un estudio continuo de sus misterios y sus bondades; honrele nuestro corazón con su amor y reconocimiento: honrémosle en nuestras obras con una imitación sincera de su conducta. Todo lo que no es conforme á las reglas de su Evangelio y á los ejemplos que nos ha dado, es una



ofensa que hacemos á Jesucristo, que subirá hasta el trono mismo del Padre que le ha enviado.

Jesucristo se queja de que los judíos le deshonren; pero temiendo que estos hombres naturalmente orgullosos confundiesen esta reprension con un acto de vanagloria y de orgullo, les dice: *yo no busco mi gloria; hay quien la busque y juzgue.* Ved, mis hermanos, una verdad que muchas veces no hemos querido oír; pero debemos saber que cuanto mas despreciemos nuestra propia gloria, tanto mas ciertos estamos de hallar una gloria permanente y sólida. Regularmente nos persuadimos que la humildad nos degrada, que un desprecio nos envilece, y que debemos hacer públicas nuestras acciones, para que nos merezcan alguna satisfaccion; pero Jesucristo, mas instruído que nosotros en lo que es la verdadera gloria y la sólida grandeza, no habla de sí mismo sino con mucha humildad, y fia en aquel que conoce el fondo de los corazones, el cuidado de manifestar las virtudes que no tienen precio, sino en tanto que merecen ser juzgadas. Por esto añade, *el que guardaré mi palabra, nunca verá la muerte.* Como si dijese: las obras del hombre soberbio desaparecen con él: una accion que se hace con la mira de los aplausos y satisfacciones públicas, recibe su recompensa en este mundo, y apenas se alaba, cuando se olvida; pero aquel que solo obra por Dios, no quiere otro testigo que á Dios mismo. El hombre que observando mi palabra sabe que, léjos de deshonrarse, cumple con la mayor y mas noble de todas las funciones, que es la de servir y honrar á su Dios; es digno de subsistir tanto como Dios, que es el principio, el objeto y el fin de sus acciones. Así hablaba, hermanos míos, un hombre á quien perseguia el espíritu de las tinieblas. Á las invectivas de los judíos opone solamente simples razones: sus discursos son humildes, pero sin embargo los judíos le replican de nuevo, y le dicen: *ahora conocemos que tienes demonio.* Jesucristo acaba de hablar de la observancia de su palabra y de la inmortalidad que debe ser su recompensa: los judíos le oponen el ejemplo de Abrahan y de los mayores profetas, á quienes no puede tacharse, dicen, de haber deseconocido la voluntad de Dios, y sin embargo murieron. La consecuencia que necesariamente se sigue de estas reflexiones, es que aquel que se atribuye el derecho de comunicar la vida por su palabra, es mas grande que Abrahan; pero los judíos, aunque conocian todo su

valor, se sirven de ella contra Jesucristo. Ellos ciertamente debian inferir que el que les hablaba, era superior á todos los que le habian anunciado; pero sin embargo era mas conforme á sus intereses el inferir, que el que se atribuía este derecho, era un impostor que insultaba á los hijos haciéndose superior á su padre. ¿Eres tú mayor, le dicen, que nuestro padre Abrahan, el cual murió? ¡Qué diferencia tan notable, hermanos míos, entre Jesucristo y todos los personajes del antiguo Testamento! Jesucristo es el término de todas las promesas hechas á Abrahan el padre de los creyentes. La bendicion que debía multiplicar su posteridad mas que las estrellas del firmamento y las arenas del mar, hubiera sido enteramente estéril, si se limitase á que naciesen de sus descendientes hombres, tan ciegos como estaba entónces el pueblo judío. Los elogios con que Dios mismo ensalzaba la fe de su siervo y su obediencia, hubieran sido de ningun mérito, si Jesucristo no fuese el único término de sus deseos y de sus votos; pero Abrahan levanta sin dudar su valerosa mano sobre el mas tierno y el mas precioso de los hijos; y desde este momento sacrifica todo respeto humano y toda consideracion temporal, porque sabe, que todo lo que Dios exige, es necesario, que todo lo que manda, es justo, que todo lo que promete, es cierto. Guiado por los principios de una fe viva é ilustrada, sabe que si debe perecer el que parece el heredero de las promesas, no puede dejar de manifestarse un día aquel, en quien todas las naciones deben ser benditas en la plenitud de los tiempos. En efecto le ve, le saluda y le adora desde léjos; y si guarda silencio sobre tan gran misterio, á lo ménos lo publica con su obediencia y sus obras.

Quién te haces á ti mismo? dicen los judíos á Jesucristo, pero este Señor, sin variar de lenguaje, les responde: *si yo me glorifico á mi mismo, mi gloria nada es; mi Padre es el que me glorifica; el que vosotros decis que es vuestro Dios, y no le conocéis.*

Notád, mis hermanos, que nada es mas equívoco en el lenguaje de la Religion que los nombres de padre, de maestro y de jefe, que damos á Dios ó á Jesucristo, cuando no se conforman las obras con ellos. El cristiano ménos fervoroso no se avergüenza de dirigir á Dios de tiempo en tiempo estas palabras, *Padre nuestro*; pero si se atienden y siguen todas sus acciones, pudiera replicársele: *dices que es tu Dios, y no le cono-*

ces : esto proviene de que haces de Dios una divinidad ciega, que no toma interes ni parte alguna en nuestras acciones; una divinidad insensible, á la que se puede ofender impunemente; una divinidad injusta, que pone los bienes de este mundo entre manos indignas de poseerlos; una divinidad impotente, que viendo al pobre en la indigencia, y afligido al miserable, no tiene poder para consolarle y socorrerle : esta ciertamente es la consecuencia mas palpable que puede sacarse de vuestras obras. Hay muchos cristianos que se atreven á decir al Señor : hemos invocado vuestro nombre, os hemos llamado nuestro Dios y padre; pero sin embargo les dirá en su día, *yo no os conozco*. Jesucristo dice por el contrario : *mas yo le conozco; y si dijere que no le conozco, seria mentiroso como vosotros. Mas le conozco, y guardo su palabra*. Conocer á Dios, hermanos míos, y guardar su palabra, son dos condiciones inseparables del cristiano. Conocer bien á Dios, es sentir los motivos de nuestra dependencia : guardar su palabra, es probar que estamos convencidos de los derechos que tiene á nuestra sumision. *Abrahan, vuestro padre, sigue Jesucristo, deseó con ansia ver mi día : lo vió, y se gozó*. En otra parte dice el Evangelio : *felices los que ven lo que veis, y los que oyen lo que oís*. En efecto ¿cuántos reyes desearon ver á Jesucristo, y no le vieron? Abrahan formó este deseo, y fué oído. Esta diferencia, hermanos míos, proviene de la diferencia de deseos. Nosotros, por ejemplo, deseamos ver los días de Jesucristo. Siempre que deseamos su gracia, su reino y su recompensa, es Dios quien forma este deseo, porque somos incapaces de tener un buen pensamiento por nosotros mismos. ¿De dónde pues proviene que estos deseos sean tan infructuosos y estériles? ¿por qué causa está el infierno, segun la expresion de san Bernardo, lleno de buenos deseos, esto es, de cristianos que suspiraban, al parecer, como Abrahan por ver los días de Jesucristo? Hermanos míos, esto nace de que sus deseos han sido ahogados en su corazon por otros mil deseos injustos. Ellos hubieran querido unir el servicio de Jesucristo con el de sus pasiones; merecer los premios, sin renunciar sus satisfacciones temporales; ser los hijos de la gloria, sin haber sido los discípulos de la cruz. Así miéntras que el deseo de Abrahan le justifica y le salva, ellos merecen su condenacion por sus malos deseos.

Despues de estas respuestas de Jesucristo, ya no les queda á

los judíos mas que una objecion á su parecer decisiva. *¿Aún no tienes cincuenta años, y has visto á Abrahan? Ved, hermanos míos, el momento mas interesante para los judíos, si hubieran caminado de buena fe : ahora podian meditar bien la respuesta de Jesucristo, y si tenia ciencia y poder para resolver su dificultad; pero su malicia y sus torcidos fines les cierran enteramente los oídos y la razon. Jesucristo les da una respuesta que hubiera explicado mas, si quisieran escucharle. En verdad os digo, que ántes que Abrahan fuese, yo soy. Entónces tomaron piedras para tirárselas; mas Jesus se escondió, y salió del templo.*

Jesucristo se oculta, hermanos míos; y ¿es acaso el miedo el que le hace evitar el furor de los judíos? Dentro de poco tiempo saldrá al encuentro de sus perseguidores y enemigos preguntándoles : á quién buscáis? Su conducta es tan irreprochable cuando se oculta, como cuando se manifiesta : sus ejemplos son tan útiles cuando evita la persecucion, como cuando se entrega en manos de sus enemigos; y en todo esto nos quiere enseñar, que no es conveniente ni lícito eludir la voluntad y las órdenes del Señor, cuando se digna explicarlas. ¿Pensáis que entre los que tienen la reputacion de justos, no habrá muchos, á quienes Dios reprenderá, no precisamente porque se han descuidado en las buenas obras, sino porque las han hecho fuera de tiempo, porque se han manifestado cuando debian ocultarse; y porque en lugar de hablar, reprender y corregir, hubiera sido mas conveniente callar, sufrir y esperar? Vivid, hermanos míos, con precaucion, para que no seáis contados en este número : estudiad siempre la voluntad de Dios, y conformad á ella vuestras obras.

Señor Jesus, dadnos á conocer esta voluntad : hacéndonos dóciles para seguirla, y para no oponer nuestros errores á su palabra, ni nuestra independenciamos á sus designios. Nosotros llamamos á Dios nuestro padre, os reconocemos por nuestro jefe, y nos gloriamos de este doble motivo de nuestra dependencia. No nos desconozcáis en el día de vuestra justicia, y colmádnos de gloria y alegría para siempre. Así sea.